

E. B.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 417

50 CTS.



¡Viva la
ambición!

POR
Leatrice Joy
Victor Mac Laglen

Número extraordinario

FilmoTeca
de Catalunya



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

REDACCIÓN

Pasaje de la Paz, 10 bis

ADMINISTRACIÓN

TELÉFONO 18551

Año VIII

BARCELONA

N.º 417

Strong Boy (1929)

¡Viva la ambición!

Delicioso asunto

Interpretado por los famosos artistas

VICTOR MAC LAGLEN

y LEATRICE JOY

Dirigido por JOHN FORD



Superproducción "Primera categoría"

FOX

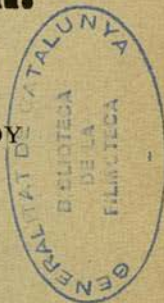
Distribuida por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
GEORGE SIDNEY



Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

¡Viva la ambición!

A manera de prólogo

¿Qué es la ambición?

Esta pregunta puede contestarse de diversos modos, según las teorías que sustentan cada uno.

En resumen, la ambición es el nervio del hombre, lo que le sostiene en la empresa comercial de la vida, sin el cual se ve eternamente estacionado, atado de pies y manos en una mala silla o bajo los dictados más o menos tiránicos de un estúpido que ha escalado un puesto de amo, y valga la palabra, aunque, Dios sea loado, en nuestros tiempos no existan ya siervos ni se vendan ni compren negros, o de jefe de un taller o de una oficina.

Un ser sin un buen sistema nervioso, es una planta ahogada que vegeta en el fondo de la indiferencia.

Para algunos, la ambición significa llegar a donde se proponen no reparando en los medios, fijo el deseo en llegar y nada más; y de ahí que existan seres sin alma, que no contentos con expender mal género, hacen negocio con sus solícitos subordinados, escatimándoles el sueldo, privándoles de lo más necesario para vivir.

Para otros, ambición es nobleza de miras, afán de superarse y de extender sus beneficios a los demás; y esta es la mejor fase de la ambición.

Por último, para el resto de los humanos, ambición expresa el ansia de ir subiendo la empinada cuesta del bienestar material, acaudalando cada día más conocimientos, más valores que los eleven por orden de méritos sobre los demás.

¡Viva la ambición! ¡Viva, sí! Pero ambición bien entendida, ambición que satisfaga a uno y no perjudique a los demás, que proporcione al que la siente legítimo orgullo de saberse triunfador por sí mismo,

por su honrado esfuerzo, por su buen sentido común.

Es humano ser ambicioso; pero necio aspirar, porque sí, por envidia tan sólo, a ser capitán general de una región apenas ingresado a filas como quinto sin saber un ápice de estrategia militar, ni ser más diplomático que para engañarse a sí mismo pensando valer algo cuando es un cero a la izquierda.

Y, puestos a ambicionar, ambicionemos que esta novela obtenga tanto éxito como cariño pone el escritor en desarrollarla.

Amén.



¡Viva la ambición!

(Argumento de la película)

Trenes, vapores, aeroplanos, automóviles atravesando planicies desiertas, peligrosas, insalubres, locos del volante que arriesgan su preciosa vida batiendo inverosímiles records; maravillosos nadadores que atraviesan canales y ejecutan fantásticas proezas, jefes de tropa, anónimos soldados que se lanzan al ataque ciegamente; de todo hay en la viña del Señor. Y por si esto es poco, añadiremos que hasta surgen, como astros desconocidos que quieren competir con el dios Sol, tan necesario a nuestra vida, hombres de ciencia hablándonos de trigémino como resorte que lo cura todo.

¿A qué obedece todo eso?

¿A corazonadas? ¿A hervor de la sangre, que se alimenta todos los días con nuevas emociones?

Eso no es más ni es menos, señores, que la ambición.

“Brazo Fuerte” era también un ambicioso, pero, la verdad, no lo sabía.

Alto, fuerte, sano de cuerpo y de espíritu, se dejaba vivir.

Cumplía su obligación de mozo de estación, cargando y descargando equipajes, y su anhelo no era otro que, al cabo de treinta años de servicio, obtener la jubilación y retirarse a su casita, para vivir en paz y armonía el resto de sus días, cortos o largos, según quisiera Dios.

Tan contento estaba de la vida, que todo lo que no fuese eso le importaba un pepino, un pepino verde, de esos que no sirven más que para tirárselo a la cabeza a un muñeco de pim-pam-pum.

“Brazo Fuerte” emulaba a Hércules, pero era más fino y menos barbudo que éste.

Sus dientes blancos de lobezno proclamaban con irresistible simpatía su amor a la vida, mostrándose siempre para ilumi-

nar la sempiterna sonrisa que dibujaban los labios, caja roja llena de salud que los encerraba cuidadosamente como una alhaja en su estuche.

Los compañeros de la estación le querían entrañablemente. Claro que había alguno que envidiaba sus peregrinas facultades físicas, que lo presentaban a sus ojos como un coloso, pero como era incapaz de causar el menor perjuicio a nadie, lograba conquistarse incluso la amistad de sus enemigos, enemigos porque sí, y es un orgullo tenerlos en estas condiciones.

“Brazo Fuerte” se llamaba Guillermo, pero todos... todos menos cierta personita le llamaban por su mote, tan justo, tan digno de un hombre como él.

Entre todos los descargadores de la estación, “Brazo Fuerte” contaba con la incondicional adhesión de dos simpáticos compañeros: “Hércules” y “El Magras”.

“Hércules” era un remedo del famoso rey mitológico, pues no subía más de dos palmos del suelo, y “El Magras” pesaba tan poco, que un bostezo de “Brazo Fuer-

te" lo mandaría a las nubes, si se empeñara en ello.

Pero en materia de amistad, el pequeño "Hércules" y el alto "Magras" eran dos perros, más que eso: cuatro perros.

"Hércules", a pesar de su pusilanimidad como hombre, cargaba lo suyo, haciendo tan buen papel como el primero, no renunciando nunca a su trabajo, aunque, a veces, sus costillas se resintieran de las palizas que le daban los pesados bultos.

El día en que se origina nuestra historia en la estación se acumulaban mundos y maletas a granel, para ser transbordados a otros trenes.

"Brazo Fuerte" se dió un hartazgo de trabajar, y, aprovechando un momento de merecido descanso, se desayunaba tranquilamente en un rincón, entre vallas interminables de equipajes, hincando los macizos dientes en sabrosas empanadas.

Los demás compañeros, que no habían terminado aún su trabajo, iban de un lado para otro con las carretillas, trayendo y llevando pesos fuertes.

"Hércules" apareció curvado hasta el

suelo, llevando a cuestas un mundo que pesaba como todo el mundo junto. Sin duda, se decía el mozo, viajaba dentro, de matute, el propio Tunney, por lo duro que era levantarlo...

De pronto, no pudiendo dar un paso más, descargóse el mundo junto a "Brazo Fuerte" y respiró a sus anchas, porque, en realidad, se había quitado un enorme peso de encima.

—¿Qué, pesa, "Hércules"?—le preguntó irónico, "Brazo Fuerte", sin dejar de comer.

—Pesa lo suyo.

—Anda, hombre, no te amilanes. Ponlo ahí, con los demás.

Para que no se dijera que era una miniatura como mozo de estación, "Hércules" intentó volver a cargarse el mundo, pero desistió de su empeño, en vista de que no le quedaban fuerzas ni para levantarlo de un lado.

¡Demonio! ¿Habían puesto más carga en él?

"Brazo Fuerte" se echó a reír, y dijo, seguro de su fuerza sin rival:

—Déjame a mí, y verás cómo lo levanto cual una pluma.

Y, uniendo la palabra al gesto, hizo además de cargarse el mundito, pero ¡canastos! pesaba una barbaridad y, como el propio "Hércules", pensó que lo mejor era dejar en paz aquel mundo, porque no estaba dispuesto a que se le indigestase el desayuno, con lo a gusto que se lo había comido.

Y en tanto que "Hércules" se reintegraba al andén, para continuar descargando los mundos y maletas del tren que acababa de llegar, tratando de escoger los bultos que pesaran menos, "Brazo Fuerte" remataba el desayuno.

En aquellos momentos pasó junto a "Brazo Fuerte" "El Magras", con una escoba en la mano, pretexto que se había buscado para no hacer nunca nada, fingiendo estar siempre de limpieza, y, viendo una manzana encima de una maleta, se apoderó de ella, para refrescarse el paladar, como si lo necesitara mucho por haber trabajado como siete.

"Brazo Fuerte" le dejó hacer, pero, como

no se dejaba quitar nada por nada, viendo que por el bolsillo de la blusa de "El Magras" asomaba un paquete de cigarrillos, se lo arrebató, guardándose para luego.

"El Magras" se alejó comiéndose la manzana, pero volvió al poco, y le dijo a "Brazo Fuerte", devolviéndosela con una mueca:

—La manzana tenía un gusano... Devuélveme mis cigarrillos.

Y "Brazo Fuerte", aceptando la manzana podrida, restituyó la cajetilla de tabaco de su compañero, y en paz. Así, con buena armonía, hacía él las cosas.

La personita que no llamaba a "Brazo Fuerte" por el mote sino por su nombre, Guillermo, era la encargada del quiosco de periódicos y recuerdos de la estación.

La doncella se llamaba María y era de bonita como la Virgen, y en materia de castidad, era también digna de la Inmaculada.

María tenía puestos sus hermosos ojos en el apuesto mozo de estación, y ambicionaba que él se decidiera a declararse for-

malmente, para ir de cabeza a ver al cura para que les echara las bendiciones.

Siempre que el trabajo se lo permitía, "Brazo Fuerte" iba a saludar a María, y charlaban, pero sin aludir para nada a su amor, sino a su gran amistad.

Se conocían de tiempo, y, a medida que éste iba pasando, su cariño aumentaba, se engrandecía, como esos árboles que de chiquitos parece que no hayan de transformarse en los opulentos troncos que derraman, con sus exuberantes copas, bienhechora sombra.

—¿Qué tal, María? ¿Cómo va hoy la venta?

—Como siempre, Guillermo. ¿Y el trabajo?

—Regular. Como de costumbre. El suficiente para quedar satisfechos.

—¿Cuándo dejarás de ser mozo, para transformarte en un flamante oficinista?

—Las cuentas no son santo de mi devoción.

—Te cansarías menos, Guillermo.

—¡Bah! Mi oficio no es tan malo como

parece. Claro que "carga" un poco, pero, cargando y descargando...

—Cargando y descargando llegarás a viejo antes de tiempo.

—No lo creas. Cuanta más práctica haga, más energías tendré.

—No pienses así, Guillermo, por lo que más quieras. Supongo que no vas a querer ser toda la vida mozo de estación.

—Me contento con lo que soy, y mañana... ya veremos lo que será de mí.

—Debieras meditar un poco en el mañana...

—¿Para qué y por qué, María? Así como así yo no puedo escoger...

—Debes desear ser algo más importante, y si lo deseas, lo lograrás.

—¿Tú crees que basta desear una cosa para obtenerla?

—No me negarás que es más probable conseguirla que si no se desea.

—Es verdad. Pero, ¿qué quieres que yo desee más que lo que tengo?

—¿Es posible que te resignes a ser lo que eres toda la vida?

—Mira, no me gustan las complicaciones y me resigno con mi suerte.

—¡No serás nunca nada!

—¿Por qué lo dices, María? Me parece que ahora ya soy algo.

—Te lo figuras.

—No comprendo.

“Brazo Fuerte” fijóse en ese instante en unas pequeñas linternas de juguete que estaban expuestas en el quiosco de María, y acarició una de ellas, diciendo a la amada:

—¿Ves? No me desagradaría ser guardafrenos.

María le miró con desagrado.

—¡Guardafrenos! ¿No se te ocurre nada mejor?

—El empleo no me parece despreciable...

—¡Por Dios, Guillermo!

—No tendría inconveniente en aceptar el puesto...

—Pero, ¿no comprendes? Ten ambición... elevadas miras... aunque no las realices.

—¿Y a qué me conduciría eso?

—¡Con lo que podrías ser! Pero no serás nunca nada, porque no quieres. ¡Es inútil!

Y, enojada, se separó de “Brazo Fuerte”.

Este, alejándose del quiosco, se decía:

—¡Qué ambición ni qué narices!

Pero le dolía que María se hubiese disgustado con él.

* * *

“Brazo Fuerte” reanudó su trabajo de carga y descarga.

Conduciendo una carretilla, llevaba en ella a “Hércules”, su inseparable amigo.

Pero, en lugar de ayudar a éste a descargar, se acercó a la locomotora, para hablar con el maquinista, que era el padre de María.

—¡Hola, Guillermo! — saludóle el buen hombre, quien sentía viva simpatía hacia él y abrigaba risueñas esperanzas.

—¡Salud, amigo Pepe! ¿Qué calorcito hace ahí dentro, verdad?

—Bueno en invierno, Guillermo, pero sofocante en verano.

—Pero ¡qué diantre! se vive ahí, ¿eh?

—Cuando no hay mejor...

—¿Está usted contento de su empleo?

—Muchos peores hay, y no me quejo, a fe.

—Es lo que yo digo: sarna con gusto, no pica.

—O pica menos.

—Que es lo mismo. ¡Con qué placer sería yo maquinista!

—¿Tanto lo deseas?

—Mucho, le soy franco. Sentadito muy cómodo y mirando por la ventana...

—Todo tiene sus ventajas y sus inconvenientes, pero cuando las cosas se hacen con cariño...

—No se da usted poca importancia ahí arriba...

—Y tú no estás aquí todavía, porque no te has propuesto subir de categoría. A estas horas podrías ser maquinista, como yo.

—¡No tanto!

—Con el tiempo que llevas rondando a las locomotoras, una debía ser tuya, muchacho, no lo dudes.

—Si eso ha de llegar...

—Y con el tiempo que llevas haciéndole el amor a María ya debías ser mi yerno.

—Sí, ya lo sé, pero... me falta cerebro.

—¡Animo, pues, muchacho, que ya sabes que yo veo con los mejores ojos del mundo tu inclinación!

—Se agradece... y procuraré darme empuje.

—O te lo daré yo, si quieres...

—No... para esas cosas...

—Con uno mismo basta y sobra, ¿no?

“Hércules” esperaba a “Brazo Fuerte”, pero éste, olvidándose de que había mucho trabajo por hacer, seguía charlando con el señor Pepe, y el jefe, que iba a caza de los que huían de la obligación, reparó en él, como antes había reparado en “Hércules, haciéndole cargar sin compasión, y le llamó, pero suavemente, de un modo irónico, como si hablase a un rey:

—Guillermo, ¿tienes la bondad de ayudarnos?

—Ya voy—respondió “Brazo Fuerte”.

Y, dirigiéndose al señor Pepe:

—Ya lo ve usted: no pueden prescindir de este humilde servidor.

“Brazo Fuerte” se reintegró al trabajo, y guiando la carretilla fué cargando y descargando mundos y maletas.

En uno de los viajes, pasó entre otra carretilla, cargada hasta los topos, y una niña, que se había apartado de sus acompañantes.

Apenas hubo cruzado a la niña, “Brazo Fuerte” se dió cuenta de que los bultos que acababan de colocar en la otra carretilla estaban a punto de perder el equilibrio, prestamente, rápido como el pensamiento, saltó de la suya y apartó a la criatura, en el preciso instante que un pesado mundo caía en tierra, justamente en el sitio que ocupaba antes la aludida niña.

María había presenciado, llena de espanto, la escena, creyendo, como los demás espectadores, que “Brazo Fuerte” no había tenido tiempo de salvar a la criatura, y todos temían que ésta había sido aplastada por el enorme peso, cuando la vieron aparecer, de la mano de “Brazo Fuerte”, sana y salva.

Los compañeros felicitaron al salvador, pero éste, sin dar importancia al hecho,

subió de nuevo a su carretilla y continuó su camino.

La acompañante de la niña era su institutriz. El susto que se llevó fué, como se supone, tremendo. Al ver aparecer a la niña sin la menor lesión, la estrechó llorando de emoción y alegría contra sí, y, pasada la primera impresión, dijo a cuantos la rodeaban:

—Esta niña es la hijita del vicepresidente de la Compañía. ¡Qué estupidez la mía haberseme olvidado el preguntar el nombre de ese valiente.

María estaba allí. Había acudido al ver salvada a la niña, deseosa, aunque estaba enojada con él, de felicitar efusivamente a Guillermo por su arrojo; pero el amado se alejó antes de que ella le diera alcance.

Al oír la lamentación de la institutriz de la niña, experimentó intensa alegría, y se encargó de decirle quién era el salvador y lo hizo con grandes elogios, pintándole como un hombre extraordinario, digno de todos los cargos de la estación.

¿Habría llegado la hora, para "Brazo Fuerte", de cambiar de profesión? Seguramente. Y María sonreía.

* * *

"Brazo Fuerte", ajeno a que se sabía que él había salvado a aquella niña, e ignorando quién era ésta, continuó cargando y descargando con su habitual buen humor, sin acordarse de su proeza, pero los compañeros empeñábanse en recordársela, felicitándole a medida que la voz iba corriendo. ¡Ahí era nada haberse expuesto por salvar a una niña!

El trabajo había tocado a su fin, pero el mundo que dejara "Hércules" y que él no pudo tampoco levantar, seguía en el mismo sitio en que lo dejara el primero; y como el jefe quería ver en el más completo orden el almacén, mandó que se colocase encima de otros equipajes el citado mundo.

"El Magras", que no se cansaba de ir de aquí para allá con la escoba, pasó junto a "Brazo Fuerte", y éste le indicó que

apartase el mundo de allí, que así lo había ordenado el jefe.

—Eso se arregla fácilmente — respondió "El Magras".

Y trató de levantarlo, pero no logró ni separarlo del suelo.

¡Como que el baulito contenía enormes pesas de un fenómeno de circo!

Ni entre dos pudieron dar con él; y como era necesario quitar el mundo de allí, "Hércules" cargó con el pato.

—¡Eh, pequeño!—le llamó "Brazo Fuerte"—. Un poco de buena voluntad, y a cargar esta bicoca. Prepárate. Te la vamos a poner entre todos en la espalda, como cuando la trajiste.

—Pero...

—¿Vas a hacernos creer que si la trajiste aquí no puedes llevarla un poco más lejos?

—Es que...

—Ven acá, perezoso... Ya te daré yo...

Y el bueno de "Hércules" se agachó, y el mundo, al ser cargado sobre sus espaldas, le obligó a doblarse de nuevo hasta el suelo, como si buscase alfileres...

¡Rechufa, qué fuerza tenía aquella molécula!

Y el mundo ¡qué grande es el mundo! fué cambiado de sitio por un ser que, en materia de levantamientos, no parecía capaz de levantar... ni envidias.

* * *

A las seis de la tarde, los mozos de estación del turno de día abandonaron el trabajo.

“Brazo Fuerte” estaba preocupado, y, a su lado, el insignificante “Hércules” le imitaba en su preocupación.

¿Qué le ocurría a “Brazo Fuerte”?

El nos lo va a decir, hablando con “Hércules”:

—El director me mandó llamar... y no sé por qué me figuro que me va a suceder algo gordo.

—¿Has hecho algo malo?

—Que yo sepa...

—Pues, entonces, nada has de temer...

—Como el jefe me sorprendió de plática con el padre de María...

—No creo que por tan poca cosa...

—No sé, pero estoy que no estoy en mí... ¡A ver si después de ocho años de buenos servicios me mandan a paseo sin contemplaciones!

—No te apures. Aquí estoy yo para ayudarte. No permitiré que te hagan una injusticia. Si te despiden, yo me marcho también.

—Gracias, “Hércules”, gracias. Eres un buen compañero; pero yo no quiero que tú te perjudiques por mí.

—Los amigos, para las ocasiones.

Y “Hércules” pensaba, convencido, que amenazando al director, en caso de despido de “Brazo Fuerte”, con marcharse él también de la Compañía, lograría conmovérle y la readmisión de su amigo.

“El Magras” estaba enterado de la preocupación de “Brazo Fuerte”, y, lleno de pena, pues junto con éste y “Hércules” formaba el trío de inseparables, tan inseparables que vivían juntos, se cocinaban por turno para los tres y dos de ellos dormían

en el mismo lecho, por no haber en el cuarto que tenían alquilado sino dos camas, iba diciendo a los que le conocían:

—Han despedido a “Brazo Fuerte”.

María y su padre estaban hablando de “Brazo Fuerte” y le esperaban a la salida de la estación.

María, llena de alegría, la desbordaba en su padre, diciéndole:

—Me siento tan feliz, papá... A Guillermo le van a dar por fin un buen empleo.

—¡Bravo, niña, bravo! A ver si es de tu agrado y os apañáis de una vez.

—¡Oh, papá!

—Vamos, mujer, que si él te quiere, tú estás achicharrada por él.

—No tanto...

—Por ahí le anda... y más cerca también, ¿eh?

—¡Quién sabe!

—Pues, hija, esas cosas, cuanto antes, mejor.

“El Magras” se acercó a ellos y, con gravedad, y como si reprimiera las lágrimas, les notificó:

—Han despedido a “Brazo Fuerte”.

María, que sabía para lo qué había sido llamado su amado por el director, contuvo la risa que pugnaba por salir de su hermosa boca, y, aparentando sorpresa, repitió:

—¿Despedido?

—Sí... Ahora está pidiendo al director el certificado de buena conducta, o algo así. Pero si hacen tal cosa con él, juro que lo van a sentir todos.

—No hay que alarmarse—intervino el señor Pepe.

—Es que lo han despedido, ¿sabe usted? Esos directores son tan raros, que por el mero hecho de que le hayan ido a contar al nuestro cuatro chismes, el pobre de “Brazo Fuerte” se va a encontrar sin colocación desde mañana mismo.

—¿Y si hubiese sido requerido a presencia del director... para otra cosa?

—Para nada bueno, seguro.

—¿Y si le felicitase por algo digno de alabanza que hubiese realizado?

—No lo creo. La gente gorda es muy desagradecida.

Y “El Magras” siguió transmitiendo a

sus amigos la falsa noticia del despido de "Brazo Fuerte".

María miró a su padre y no pudo reprimir por más tiempo la risa.

—¡La sorpresa que se van a llevar todos! —exclamó—. ¿Verdad, papá?

—Por supuesto.

—Apuesto a que a lo menos lo harán jefe de estación.

—Eso por lo menos, como tú dices, hija... si él acepta el cargo.

—¡Ya lo creo que aceptará!

—¿Y si no es de su agrado?

—¡Pero, papá, qué cosas dices!

—Cada cual piensa como piensa, y ya sabes que "Brazo Fuerte"...

—Lo único que Guillermo necesita es alguien que le dé ambición... que se cuide de él.

—Y ese alguien, ¿quién es sino una personita que yo me sé?

—Si él me hiciera caso, llegaría muy lejos.

—¿Y no temes que cuanto más suba, más probabilidades tenga de alejarse de ti?

—Cuando se ama de verdad, se desea

siempre más para ofrecer mucho al objeto amado.

—Bueno, pronto sabremos qué ha decidido hacer nuestro amigo.

—¡Estoy más nerviosa!

—Las cosas hay que tomarlas con calma.

De pronto, padre e hija vieron salir del despacho del director a "Brazo Fuerte" con la sonrisa en los labios. "Hércules" se animó ante la satisfacción de que daba muestras su amigo, y fué el primero en felicitarle cordialmente. ¡Ya le extrañaba a él que a un hombre del temple de "Brazo Fuerte" le diesen el pasaporte para otro sitio!

—¿Y qué?

—¡Apoteósico, chico! ¡La caraba con patatas fritas!

—Me alegro seis metros cuadrados.

—El que se va a quedar de una pieza es "El Magras".

—¡Como si lo viera!

María, que se olvidaba de que se enojó con "Brazo Fuerte" por haberle dicho él que le gustaría ser guarda-frenos, le salió al paso, con su padre, y el simpático nu-chachote dijo al maquinista:

—Señor Pepe, tengo el mejor empleo que hay aquí.

Y pensaba en lo orgullosa que se iba a poner María.

Esta, sin poderse contener, le abrazó casi, y preguntóle:

—¿Qué te ha dicho el director, Guillermo?

—Es una sorpresa... Ya te enterarás mañana.

—Dímelo ahora.

—Las cosas buenas se hacen esperar. Duerme tranquila y sueña lo que quieras, que te vas a quedar corta.

—¿De veras?

—Como lo oyes.

—¡Al fin, Guillermo, te veré como yo he deseado siempre!

—¿Ves como todo llega por sí solo?

Y se despidieron alegremente pensando en el mañana.

* * *

Al día siguiente, algo más temprano de lo que generalmente llegan los altos funcionarios a sus despachos, Guillermo pre-

sentóse a la estación, vestido de factor, más ufano que un pavo.

Ya no cargaría ni descargaría pesos fuertes, ni regresaría a su casa un tanto molido por el trajín del día. Las cosas habían cambiado de faz para él.

Silbando una picaresca canción dirigióse a su nuevo puesto, abrió la ventanilla, puso en orden los libros, y esperó.

Era el nuevo encargado de la sección de extravíos. Objeto, ser u equipaje que se perdía en el tren o en los andenes, iba a parar allí, donde se guardaba un tiempo prudencial por si lo reclamaban sus dueños.

Una mujer de faenas que estaba dando brillo al mosaico, le felicitó cariñosamente:

—Me alegro mucho... y las demás jóvenes también.

La aludida era una cincuentona, pero se consideraba aún, ¿cómo no?, una rosa temprana.

María no durmió tranquilamente aquella noche, pensando en la suerte que le había cabido a su amado. ¿Le vería luciendo el

uniforme de jefe de estación? ¿Acaso le encontraría dirigiendo las oficinas?

Llegó al quiosco antes que de costumbre, y apenas lo abrió, divisó a "Brazo Fuerte" detrás de la ventanilla de la sección de extravíos.

Sonriéndole con toda su alma, el nuevo encargado de aquélla, la saludó descubriéndose gentilmente.

—¿Qué te parece mi empleo? — parecía preguntarle, sin apartar su vista de ella, para que no se le escapase el menor detalle de su júbilo.

Pero María, lejos de reírse, no pudo evitar el dibujar una mueca de desagrado, como cuando él le dijo que quisiera ser guardafrenos, y le volvió la espalda.

"Brazo Fuerte" se atragantó.

¿Qué significaba aquello?

¿Por qué María lo trataba con aquel desdén?

De pronto, María se acercó a la ventanilla tras de la cual él se hallaba, y le espetó:

—Tuviste la oportunidad de obtener una buena plaza... ¡y cogiste ésta!

—Pero, María, yo creí...

—¡Cállate! ¡No me irrites más! Soñé verte en una oficina... ante un escritorio... una mesa de ministro... un cuello planchado y corbata...

—¡Pero, mira, alma mía! ¡Llevo cuello!

—¡Nunca serás nada, porque eres un necio!

—¡María!

—Narices!

Y, de nuevo, los dos jóvenes, que se querían tanto, se distanciaron, aparentemente nada más, por la eterna cuestión de la ambición.

—¡Maldito sea!—murmuró "Brazo Fuerte", no haciendo trizas el cuello postizo, por verdadero milagro.

Un poco después, "Hércules" presentábase a dar la enhorabuena en su nuevo puesto a "Brazo Fuerte". Sabía que había obtenido un buen ascenso, pero como a María, el noble mozo no le había revelado cuál era.

—¡Salud, amigo! "El Magras" y yo también tenemos nuestro poco de ambición y

vamos a procurar ascender para ser dignos de ti.

—No es oro todo lo que reluce, muchachos...

“El Magras” acudió también a estrechar la mano de “Brazo Fuerte”, y le dijo, para “protegerlo” en su nuevo puesto:

—Vamos a hacer de éste un día memorable en tu sección, ¿verdad, “Hércules”?

—Sí, chico. Te vamos a traer trenes enteros de objetos extraviados.

—No exageréis. Tened en cuenta que en esta celda cabe poca cosa.

—Hemos de lograr que se hable de ti hasta en los periódicos.

Y desde aquel momento, “El Magras” y “Hércules” se dedicaron a buscar objetos olvidados por sus propietarios en los coches o en los andenes.

Y en verdad que los dos amigos lograron su propósito, porque, uno tras otro, y como si se hicieran la competencia, entregaron a “Brazo Fuerte” objetos, animales — dos chivos y varios conejos— y un niño de corta edad.

—Toma, un buen regalo... Este chico lo

hallé jugando en un coche-cama desocupado. Sus padres debieron levantarse tarde y lo dejaron olvidado durmiendo en la litera superior.

—Pero, ¿qué voy a hacer con los animalitos y el chiquillo?

—Ponte a jugar y así te parecerá más corto el tiempo.

—O más largo.

Un penetrante olor hirió las narices de “Brazo Fuerte”. La perfumería era marca chivo, y Guillermo, para cumplir con las ordenanzas de higiene, recogió los residuos gastronómicos y los fué a echar a cierta parte...

El chico extraviado era una monada. “Brazo Fuerte” simpatizó mucho con él, y María, que había estado observando a su amado, accedió a reconciliarse con él para poder acariciar al niño.

Y mientras le hacía mimos, que el nene agradecía, miraba a “Brazo Fuerte”, pensando... ¡ay, adorables mujeres!... en los que ellos tendrían algún día...

“El Magras” no cejaba en su afán de llenar de cosas la sección a cargo de “Brazo

Fuerte", y llegó al extremo de apoderarse de unos bastones de golf pertenecientes a unos viajeros que esperaban otro tren, para obligarles a ir a reclamarlos y encontrarlos



...para poder acariciar al chico...

en el departamento de objetos extraviados. Así, "Brazo Fuerte" recibiría felicitaciones tras felicitaciones por lo bien organizado que tenía el servicio. Pero los viajeros se dieron cuenta de la artimaña de "El Magras" y por poco dan un disgusto a Gui-

lermo, ajeno a la exageración de su amigo.

Pero "El Magras", decidido a salirse con la suya, es decir, a obligar a la Compañía a ensanchar el departamento de "Brazo Fuerte", llevó a éste, yéndolos a buscar Dios sabía dónde, dos caballos franceses que necesitaban para ellos solos el Estadio de la Exposición de Barcelona.

Y ni que decir tiene que "Brazo Fuerte", asustado, cerró la ventanilla, para que los extraviados caballos se quedaran al fresco... o se los llevase "El Magras" a dormir con él.

Entre los animalitos con que sus amigos "obsequiaron" a "Brazo Fuerte" figuraba un mico, empeñado en hacer monerías.

A la hora de cerrar el servicio, nadie se había presentado a reclamar al niño y al mico, por lo que "Brazo Fuerte" tuvo que decidirse a llevárselos a su casa, temeroso de que se extraviasen, incurriendo él en responsabilidad.

Llegó a su casa con "Hércules". En el dormitorio, que hacía las veces de comedor y salón, varios compañeros de pensión jugaban a los naipes, y, por indicación de

“Brazo Fuerte, “Hércules” los mandó a paseo, a fin de que su amigo y él pudieran ocuparse de hacer dormir al chiquillo sin testigos que se burlaran de su poca práctica en materia de niñeras.

Cuando quedaron solos, dejaron en un rincón, ordenándole que estuviese quieto, al mico, y luego, ocupáronse del niño.

¿Cómo lo desnudarían? ¡Sabían tan poco de estas cosas!

Le quitaron el vestido, indicándoles el niño por dónde se desbrochaba, y, una vez desnudo, es decir, con la ropita íntima, “Brazo Fuerte” se preguntó cómo se las arreglarían para improvisarle una camisa de dormir.

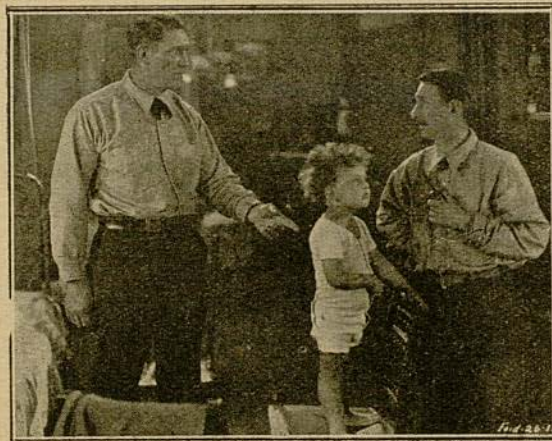
—No lo vamos a poner con su ropa en la cama. Es muy antihigiénico y todo un señor encargado de la sección de objetos extraviados ha de saber guardar las formas.

Y pensó en que tenía una camisa de dormir, con la que podría confeccionar, con un buen corte de tijeras, la que necesitaba para el niño.

No vaciló. Apoderóse del camisón, cubrió al chico con el mismo, y ¡zás! cortó las

mangas, cortó los bajos, y ya tuvo el nene camisa.

En esto entró en el cuarto “El Magras”. Tenía sueño y quería descansar. Se quedó



—No lo vamos a poner con su ropa en la cama.

contemplando al chico, y, de súbito, reconoció la camisa que llevaba puesta, fué a comprobar si la suya estaba en su sitio habitual, y al cerciorarse de que había des-

aparecido, protestó, señalando la del niño:

—¿Mi camisón?

“Brazo Fuerte” se echó a reír y repuso, con frescura:

—Naturalmente... y aun me queda material para una bata de baño para el mico.

—¿Para el mico? ¡Bárbaro! ¡La camisa me costó catorce reales!

—El chico vale más.

—¡Pero el chico no paga!

—¡Para eso estamos los mayores, idiota!

¿Qué iba a hacer “El Magras”? La camisa ya no tenía arreglo, y no era cosa de ponerse melodramático por una camisa más o menos. Dormiría en calzoncillos, y al día siguiente se compraría otro camisón.

—Pero, oye — dijo a “Brazo Fuerte”—. Carga en cuenta la Compañía el importe del gasto provocado por el nene, pues tú no tienes la culpa de que se haya extrañado.

—Como tampoco la tengo de que tú me lo hayas traído.

—¡No lo iba a dejar en el coche-cama!

—En el pecado está la penitencia. Tu exceso de celo merece un castigo.

—Te expresas de un modo que revienta.

—No seas gruñón, “Magritas”. Fíjate en el chico. Es una monada. Bueno, y, a todo esto, no hemos pensado dónde lo vamos a acostar.

—En mi cama, no, por supuesto. Estoy que no puedo valerme—apresuróse a decir “El Magras”.

—Pues mira, amigo, es en tu cama donde lo vamos a meter.

—¡Que no!

—La mía y de “Hércules” es demasiado grande para un chico tan pequeño y la tuya demasiado pequeña para tres hombres; porque los tres vamos a tener que dormir juntos.

—¿Esto más?

—A ti te pondremos en el rincón, por si sueñas que te pegas con alguien, lo hagas con la pared.

—¿Y qué más?

—Mañana te toca a ti preparar el desayuno. No se te olvide que hay que cuidar al chico. Por lo tanto, hazle un buen chocolate y cómprale leche garantizada.

—¿Y qué más?

—Y lo lavarás de pies a cabeza. ¿Estamos?

—¡Nos ha caído la lotería!

Antes de irse a dormir, María dirigióse con su padre al cuarto de “Brazo Fuerte”, para comprobar si el niño estaba bien en compañía de los tres amigos, y llegó en el instante en que el pequeñuelo, al disponerse “Brazo Fuerte” a acostarlo, se arrojaba a los pies de éste y rezaba su diaria oración de niño bueno.

El rezo del infante emocionó a todos, y el padre de María dijo a ésta, dándole discretamente con el codo:

—El niño está bien aquí, hija mía... Vámonos a casa.

—Espera, papá.

Y, con ternura de madre—como mujer—, María depositó al niño en el lecho y lo arropó, besándole y prometiéndole bombones para el día siguiente si dormía como un hombrecito formal.

Después, miró a “Brazo Fuerte”, y en sus miradas puso todo el amor que él le inspiraba.

Más tarde, el chiquillo dormía como un

ángel, y los tres amigos, apretujándose en la cama donde dormían ordinariamente “Brazo Fuerte” y “Hércules”, soñaban despiertos; y, de súbito, preguntó “El Magras”:



El rezo del infante emocionó a todos...

—¿Qué vas a hacer con el pequeñito?

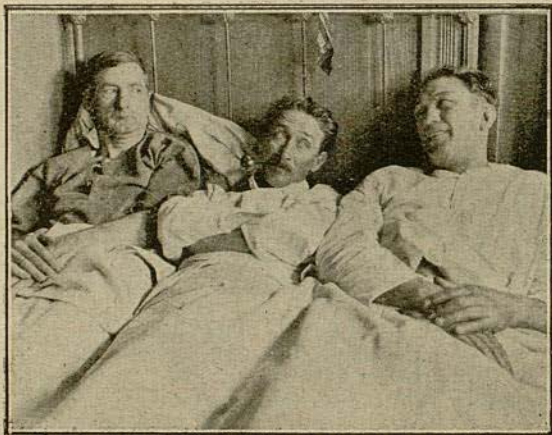
—Si nadie lo reclama en el término de treinta días, es nuestro.

—¡Bonito regalo!

—Yo me lo quedaría, desde luego.

—En ese caso, tendrías que mandar poner otra cama, porque de seguir así mucho tiempo, se me encogerían los riñones.

Y, lentamente, uno tras otro, los tres amigos se entregaron al descanso.



—¿Qué vas a hacer con el pequeño?

Y “El Magras” hizo temblar a “Hércules” con sus ronquidos.

* * *

Al día siguiente, la vida siguió lo mismo que el día anterior para todos.

El niño se hallaba de nuevo en la sección de extraviados, esperando que sus deudos fuesen a buscarle.

María, que admiraba a “Brazo Fuerte” por el cariño con que trataba al pequeño, se acercó a él y, humilde, enamorada, le dijo:

—Guillermo, siento haberme portado tan mal contigo ayer, censurándote el haber escogido esta plaza.

—No hablemos de ello, María... No tiene importancia...

—Sí que la tiene, Guillermo... Yo quisiera verte progresar... ¿Por qué no tienes más ambición?

—No pases cuidado... Si se me presenta otra oportunidad, dejaré que seas tú la que elija mi empleo.

—Gracias. Ya verás el empleo que pediré para ti.

Aquella mañana presentóse a "Brazo Fuerte" un buen hombre.

—Aquí me manda mi mujer en busca de cuatro conejos que perdió. ¿Los hallaron ustedes?

—Sí, señor. Aquí están.

Y entregó al buen hombre los cuatro conejos... y numerosa prole, recién traída a este mundo.

—Mi mujer perdió cuatro—dijo el reclamante.

—Cuatro eran ayer... pero hoy... ya lo ve usted.

—Me llevaré los cuatro que perdió mi mujer.

—Lléveselos todos. Esta empresa no es responsable de los hábitos de los conejos.

Y el buen hombre se resignó.

Los chivos continuaban allí, y mareaban a "Brazo Fuerte" con su perfumería y sus residuos.

"El Magras" parecía decidido a no llevar nada más a "Brazo Fuerte", para no hallar en el pecado la penitencia, como aquél le dijo la víspera, para justificar el vandalismo cometido con su camisa de dormir;

pero halló algo en el tren y no tuvo más remedio que ir a entregárselo, por pura fórmula.

—Toma. Encontré estas cuentas en la plataforma.

—¿Y a mí qué me cuentas?—le respondió "Brazo Fuerte", tirando el collar, que parecía de bisutería, sobre un mueble.

El mico se apoderó del mismo y se lo puso, jugueteando con él.

Y, de repente, oyóse rumor de voces procedentes del andén. La gente que se hallaba en la estación rodeó a una pareja que acababa de apearse del tren recién llegado, y alguien dijo, admirado:

—¡Caracoles! Es Sonia Divina... el ángel de las películas.

En efecto, era ella, la famosa "estrella" americana. "Estrella" había de ser, a juzgar por la "cola" que traía.

Pero Sonia no se presentaba, en aquella ocasión, como ángel, sino como un demonio cuya lengua se desmandaba en un acceso de cólera.

¿Qué le sucedía a la popular artista?

Oigámosla sin ruborizarnos demasiado:

—¡Pedazo de atún, te dije que cuidaras las perlas!

Se lo decía a su acompañante, un pollo "sandía".

—Pero, niña, no sé cómo pudo ocurrir —respondió el aludido atún.

—¡Eres el marido más insoportable que he tenido!

Un reporter gráfico hizo oír su potente voz.

—Por favor, señorita Sonia, permítame que la fotografiemos con el príncipe en actitud de consolarla por la pérdida que acaba usted de sufrir.

Y la artista, que se debía más al público que a su marido, adoptó una actitud de angelita y se dejó fotografiar abrazada al pacífico príncipe.

Pero, luego, reanudó sus epítetos contra él.

—¡Príncipe Adoquín! ¡Por tu culpa he perdido mi collar de cien mil dólares!

"El Magras" había presenciado la "dulce escena", y al oír lo de las perlas y de los cien mil dólares, recordó que él había hallado en la plataforma del tren que condujo

a la artista unas cuentas, y se dijo que no era un cuento, sino una realidad, que aquellos trozos de cristal valían un dineral.

Veloz como la centella, fué a comunicar la noticia a "Brazo Fuerte".

—Oyes... ¿Dónde metiste las cuentas?

—Ahí... ¿Por qué?

—¡Valen cien mil dólares!

—¡Zambomba!

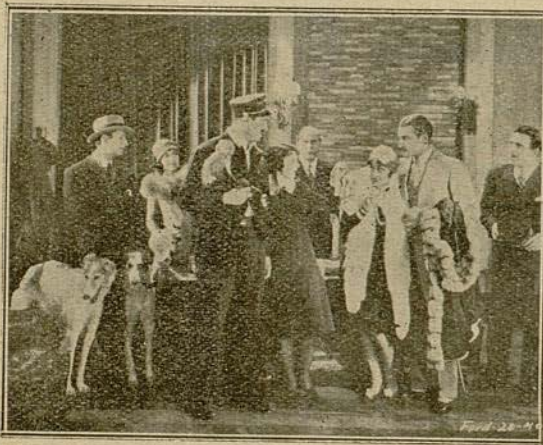
—Ahí está su dueña. Buen servicio le prestarás devolviéndoselas.

Pero el mico, como si hubiese oído aquellas palabras y quisiera hacer pasar un mal rato a "Brazo Fuerte", se escapó, llevando colgado a su cuello el valioso collar.

Y en la persecución del cuadrumano tomaron parte, además de "Brazo Fuerte", María, que se enteró de lo que valía el collar, "El Magras" y "Hércules".

Y allí se armó la de Dios es Cristo. Mucha gente rodó por los suelos; la vajilla de la cantina se rompió en mil pedazos, al caer de las estanterías al saltar sobre ellas el mico y sus perseguidores; y, al fin, tras no pocas penalidades, "Brazo Fuerte", con María entró en el despacho del director, don-

de se hallaba la artista poniendo el grito en el cielo reclamando sus perlas extraviadas en el tren; y fué María quien, en nombre de "Brazo Fuerte", restituyó el collar a su dueña.



...restituyó el collar a su dueña.

La alegría de la gloria de la pantalla no es para descrita, y menos aún la satisfacción del director, quien, al quedar a solas con "Brazo Fuerte" y María, dijo al primero, mientras se secaba el sudor:

—Me ha hecho usted otro gran servicio, librándome de esa alborotadora. ¿Qué recompensa quiere usted?

"Brazo Fuerte" miró a María, y repuso al director:

—Ella se lo dirá.

Y María, agradeciendo al azar la oportunidad de convertir a su amado en algo de valía, solicitó para él el cargo de Agente General de Pasajeros.

Y el director accedió, porque "Brazo Fuerte", por su tipo, lo mismo servía para un barrido que para un fregado.

"El Magras" y "Hércules", que, al intentar apoderarse del mico que tenía el collar, rodaron por los suelos, cayendo encima de ellos el resto de los perseguidores y gente encontrada al paso, se levantaron más molidos que si hubiesen trabajado seis días sin parar. "El Magras" creía haberse apoderado del mico, pero resultó que lo que apresaron sus manos era una pelota, que entregó al niño en custodia en la sección de extravió y que había perseguido también al mico.

Dos señoras perdieron sus respectivos

abrigos de pieles, y “El Magras” y “Hércules” se los pusieron, para que sus dueñas se los viesan de lejos y los reclamasen antes de que los llevaran a la sección de “Brazo Fuerte”. Y como habían visto entrar a



...le vieron salir radiante de felicidad.

éste, con María, en el despacho del director, le esperaron junto a la puerta; y, al poco, le vieron salir, con el mico debajo de un brazo, y María cogida al otro brazo, radiante de felicidad.

* * *

Al día siguiente, la estación aparecía engalanada, y todos los empleados de la misma habían sido avisados para que, a una hora determinada, se presentasen limpios y aseados en el andén principal.

Llegaba la reina de Letania, portadora de las joyas que garantizaban el empréstito de su país. Su Majestad haría alto allí y se celebraría una recepción en su honor en la estación, para continuar luego el viaje.

Los mozos de la estación, al mando de su jefe, se alinearon en el andén, y “El Magras” recibió el encargo de entregar a Su Majestad un ramo de flores.

—Cuando te dé la señal—le dijo el jefe—, avanzas macialmente... como un cadete, saludas y entregas el ramo. ¿Te acordarás?

—Aunque lo parezca, no soy tonto.

María buscaba a “Brazo Fuerte”. ¿Por qué no estaba allí, para saludar a la reina? ¡Cuán lejos estaba la muchacha de supo-

ner que su amado no era más que fogonero en la locomotora del señor Pepe!

En efecto, "Brazo Fuerte" había solicitado del director que en lugar del nombramiento de Agente General de Pasajeros le concediese el de fogonero del señor Pepe, y fué atendido en su petición. Y era el hombre más feliz del mundo en la máquina de sus ensueños.

La llegada de la reina dió lugar a numerosas imposiciones de medallas, a discursos a granel y a presentaciones sin fin.

"El Magras" no sabía cómo cumplir el encargo que había recibido del jefe, y, torpemente, acercóse a la egregia dama y, ofreciéndole el ramo, le dijo:

—Dos reales nos costó a cada uno de nosotros, pero los damos por bien empleados, porque a todos nos gustan las señoras guapas.

Y lo que en otros labios hubiese parecido una ofensa, tuvo en los de "El Magras" la virtud de hacer sonreír a la reina, quien, para corresponder a la gentileza de los mozos de la estación, ordenó a su secretario

que le impusiera a "El Magras", como representante de aquéllos, una medalla.

Y "El Magras" no volvía de su asombro,



...era el hombre más feliz del mundo...

sobre todo cuando, sin poderlo evitar, sintió que el secretario, como remate de la ceremonia de la imposición de la recompensa, le besaba en la mejilla, según la

etiqueta. ¡Lagarto! ¡A él le gustaban las señoras guapas, pero no los hombres!

El director de la Compañía mandó llamar al maquinista del tren y al fogonero, para



El director de la Compañía mandó llamar al maquinista del tren y al fogonero...

presentarlos a Su Majestad, pues a ellos les correspondía el honor de conducir el tren que la llevaría a ella a destino, y María recibió un nuevo desengaño al ver a "Brazo Fuerte" convertido en vulgar fogonero.

La reina dió su mano a besar a los dos hombres, y cuando éstos volvieron a la locomotora, María fué a increpar airadamente a su incorregible amado.

—¿De modo que no te gustó el empleo que escogí para ti?

—Te diré, María...

—¡No me hables! ¡Parece mentira! No quieres ni tan siquiera tener apariencia de caballero.

El señor Pepe intervino en la cuestión, censurando las palabras de su hija:

—¡Oiga, jovencita, su mamá se casó con un hombre de blusa... un maquinista!

—Pero, María — dijo, a su vez, "Brazo Fuerte"—. ¡Si no he tenido más ambición que la de ser maquinista!

—¡Pues anda y corre cuanto quieras... pero tú y yo hemos terminado para siempre!

Y al partir el tren, conduciendo a la reina, María no acudió a despedir a su padre ni a su amado.

* * *

Unos facinerosos se habían confabulado para asaltar el tren real y robar las joyas de la corona. Aprovecharon un alto en el camino, y, cogiendo de sorpresa al señor Pepe, le obligaron, amenazándole de muerte, a subir a la locomotora, que estaba haciendo aguas, y conducir el tren hasta que ellos estuviesen en salvo.

En tanto, otros bandidos se apoderaban de las joyas en el coche-correo, maniatando a los empleados, y, realizada la operación, desengancharon la máquina y huyeron a toda velocidad.

El señor Pepe obedecía, porque lo contrario significaba su muerte.

Pero los bandidos no habían reparado en que "Brazo Fuerte" se hallaba sobre la máquina, y, cuando menos lo pensaban, el forzudo fogonero se jugó la vida por acabar con la de los ladrones.

Y, gracias a su sangre fría, se salvaron

las joyas de la corona, regresando la locomotora adonde se hallaba detenido el resto del tren, tranquilizando a Su Majestad, que estaba atribulada.



...amenazándole de muerte...

La nueva y portentosa proeza de "Brazo Fuerte" fué pronto conocida en el mundo entero, y todas las recompensas eran pocas para premiar su valor.

Pero "Brazo Fuerte" no quería ascensos,

ni dinero, ni medallas. Sólo le interesaba el amor de María, su suprema ambición.

Y cuando desesperaba de conseguir la felicidad que era su único anhelo, María, arrepentida, se le acercó llena de humildad, y le dijo:

—¿Persistes en tu idea de ser fogonero?

—Sí, María... Y más tarde seré maquinista, como tu padre, si puedo...

—Bueno, Guillermo... He sido una tonta, queriéndote quitar tu vocación.

—¿Qué dices, María?

—Sí... Y en adelante voy a ser muy distinta...

—¿Pero estoy soñando, vida mía?

—Te quiero, Guillermo, y me casaré contigo... Ya verás cómo te inculcaré anhelos de progresar...

—Teniéndote a ti, ¿qué me importa lo demás?

Y la vida siguió su curso. Se casaron. "El Magras" dejó la escoba para ser conductor de carretilla, "Hércules" ascendió a encargado del servicio de objetos extraviados; y "Brazo Fuerte" fué muy feliz... y llegó

a tener una locomotora, con la cual estaba loco.

Y nos olvidábamos de decir que el chico que "El Magras" entregara a "Brazo Fuerte"



...y "Brazo Fuerte" fué muy feliz... y llegó a tener una locomotora.

te" para su custodia, fué debidamente reclamado por sus padres... y que para conocer la dulzura de un hijo propio, no fué "El Magras" quien se cuidó de proporció-

narles un rorro a "Brazo Fuerte" y María, sino ellos mismos.

Y salió a su padre, por lo fuerte y lo sano, y a su madre, por lo precioso.

F I N

ACABA de aparecer en las
selectas

Ediciones Especiales de La No-
vela Semanal Cinematográfica

RENACER

por SUZY VERNON



EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1



FORMIDABLE ÉXITO DE

La Novela de la Modistilla

Publicación semanal
de asuntos sentimentales

Números publicados:

¡Y supo defender su amor!
por F. M. Bistagne y A. Bayón

El despertador
por José Reygadas

La Reina de las Modistillas
por M. de Alba

HOY:

El amor que no engaña
por Francisco-Mario Bistagne

Precio: 30 céntimos



Una publicación

de novelas modernas hacia falta,
y este hueco lo ha llenado

La Novela del Chofer

publicación semanal

Números publicados:

La amiguita del chofer

Por qué se mató mi novia

Mi aventura de París

En la parada del "Palace"

Memorias de un "Taxis"
contadas por él mismo

La caprichosa

El chulo

Precio: 30 céntimos